

Francisco Cervantes de Salazar y Luis Vives

Encuentro en Flandes

Margarita Peña

El reconocido pensador renacentista Luis Vives y el joven estudioso Francisco Cervantes de Salazar se habrían conocido en 1528 en Flandes, lo que llevó al segundo a traducir un opúsculo sobre la sabiduría escrito por el primero. Margarita Peña, catedrática de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, rastrea los caminos opuestos de dos humanistas del Renacimiento.

Pude localizar recientemente en una biblioteca de libros “raros” el ejemplar de una obra de Luis Vives —sobradamente mencionada y conocida en latín—, en traducción al castellano de Francisco Cervantes de Salazar, publicada posiblemente en 1546, con anterioridad a su viaje a la Nueva España en 1551. Una edición de la que poco se sabe, por lo demás. Ha sido este hallazgo el pivote que me lleva a ocuparme de los escritos del autor peninsular previos a los *Diálogos latinos*, que vertiera al castellano Joaquín García Icazbalceta, conocidos con el título de *México 1554*, obra famosa que Cervantes redactara a los tres años de haber pisado tierra novohispana. El texto descubierto es un opúsculo impreso por Joachín de Ibarra, cuya portadilla dice como sigue: *Introducción y camino / para la sabiduría, donde se declara que cosa sea, / Y se ponen grandes avisos para la vida humana, / compuesta en latín / por el excelente varón Juan Luis Vives, / con muchas adiciones que al propósito se hacían, / Por Francisco Cervantes de Salazar. // Madrid. MDCCLXXX (1780) // Por D. Joachin Ibarra Impresor de Cámara de S. M. / Con las licencias necesarias. / Direcc. de Proveed. e Inventarios / Oficina.*

En el espacio entre el nombre del autor y el lugar y fecha de edición figura el escudo de impresor: “YBA”

sobre dos ramas de laurel cruzadas y rematando una corona con cinco puntas que, hipotéticamente, pudieran corresponder a los cinco soberanos borbones del siglo XVIII en que el libro aparece: Felipe V, Luis I, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV.

UN UNIVERSITARIO PENINSULAR EN EL NUEVO MUNDO

La personalidad de Francisco Cervantes de Salazar como humanista llegado a Indias al mediar el primer siglo de la Conquista se halla indisolublemente ligada al humanismo naciente en la Nueva España y, por ende, a la cuna, al receptáculo de ese humanismo: la universidad novohispana, la cual se creó según el modelo de las universidades europeas —París, Lovaina, Salamanca, entre otras—, que acogieron por épocas a maestros tales como el mismo Juan Luis Vives, en los inicios del siglo XVI, y sirvieron de fragua posteriormente a otros que emigrarían al Nuevo Mundo, como el propio Cervantes de Salazar.

La *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México*, de Cristóbal Bernardo de la Plaza y Jaén (bachiller, secretario y maestro de ceremonias de dicha Real

Universidad), sintetizada modernamente por el jurista Rafael Sánchez V., es una rica fuente para el conocimiento del ámbito universitario en sus inicios, en la capital de la Nueva España. A ella me remito en nota de pie de página,¹ con el objeto de conocer la institución que acogió a Cervantes de Salazar en la Nueva España, así como el papel que él desempeñó en ésta. La magna crónica de De la Plaza y Jaén está dedicada “al Señor de la tierra y cielo, Cristo nuestro Señor”, y dirigida, ya en el siglo XVII, al rey de España —que sería Felipe III— en términos de “Vuestra Sacrosanta Real Magestad...”.

La paráfrasis de Rafael Sánchez V. de la crónica del ilustre De la Plaza y Jaén es por demás ilustrativa respecto de las gestiones preuniversitarias.² Éstas se realizaron a lo largo de 16 años, entre 1537 y 1551. Ahora bien, nos preguntamos: ¿qué papel jugó Cervantes de

Salazar en la importante coyuntura de la creación de la Real Universidad y en años inmediatamente posteriores? Un papel colateral de apoyo y sustento, y no propiamente de fundador, ya que llega a México en 1551, cuando las gestiones preliminares se han realizado. Será, a un tiempo, estudiante que pasa de bachiller a licenciado; luego profesor y dos veces rector. De la Plaza y Jaén menciona en su crónica al humanista en seis ocasiones. Me aboco a documentar la presencia de Cervantes en algunos actos de la universidad novohispana para, más adelante, referirme a sus antecedentes peninsulares y su relación con la obra de Luis Vives.

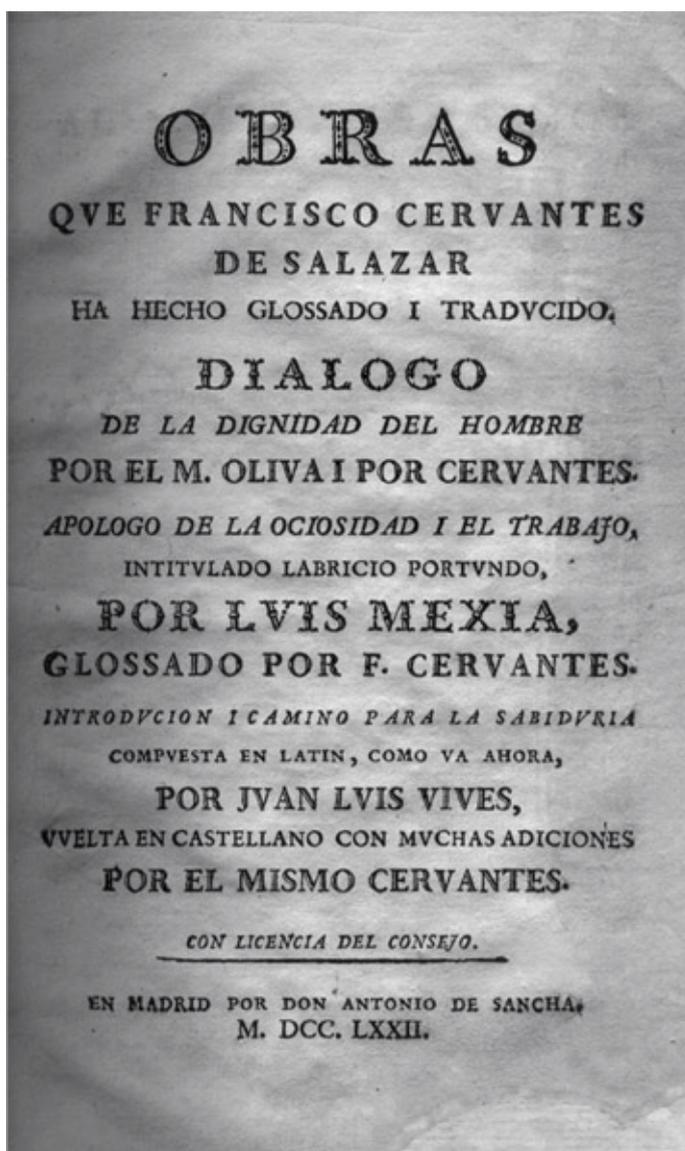
Cervantes de Salazar, como se dijo, llega a México poco antes de la fundación formal de la Real y Pontificia Universidad, la que se realiza de acuerdo con cédula real del emperador Carlos V y tendrá lugar el 3 de junio de 1553; en la cédula se invoca “la Católica y Real Majestad del Emperador Carlos V, Rey y Señor, *que esté en gloria...*”, y la firma Juan de Sámano, “Secreta-

demás religiosos, tal el provincial de los dominicos, así como de las peticiones del Ayuntamiento de México; 2) la Universidad fue creada para naturales e hijos de españoles, sin distinción alguna; 3) el Virrey nombró maestros o lectores en todas las Facultades.

¹ Cristóbal Bernardo De la Plaza y Jaén, *Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México*, 2 volúmenes, versión paleográfica, proemio, notas y apéndices de Nicolás Rangel, México, 1931 (primera edición); UNAM, 2001 (edición conmemorativa).

² Rafael Sánchez Vázquez en De la Plaza y Jaén, *op. cit.*, pp. 293-294. De acuerdo con el cronista: 1) La fundación de la Universidad se logró mediante las gestiones de Zumárraga a través de procuradores y





rio de su Majestad”, que para entonces ya sería Felipe II.³ En la crónica de De la Plaza y Jaén se enumeran siete columnas alegóricas que sostendrían la institución, siete facultades, a saber: Teología, Escritura, Cánones, Leyes, Artes, Retórica y Gramática. Y añade: “se hizo inicio en las Escuelas de esta Universidad en presencia del Ilustrísimo Señor don Luis de Velasco, Virrey, y de la Real Audiencia: el cual hizo el *Licenciado Cervantes de Salazar*”.⁴ Por “inicio”, entendamos el acto inaugural; la oración latina fue pronunciada por el escritor peninsular llegado poco ha a México.⁵

La segunda mención se refiere a una época muy posterior: 26 de abril de 1568. Cervantes había ascen-

³ *Ibidem*, pp. 294-295. Cédulas Reales de la Fundación: pp. 296-298. Juan de Sámano había sido anteriormente secretario de Carlos V. Un Carlos de Sámano figura como autor en el cancionero misceláneo *Flores de baria poesía*, empezado a formar en la Ciudad de México en 1577. Podría tratarse de un descendiente del secretario, de Carlos V y Felipe II, que firmaba desde la Península.

⁴ *Ibidem*, p. 301.

⁵ Añade De la Plaza y Jaén: “el lunes siguiente cinco de dicho mes comenzaron a leer los Catedráticos de Teología, Cánones, y Gramática, y lo firmó por verdad Esteban del Portillo, Notario Público”, *loc. cit.*

dido al rango de rector. Se trata de un acto celebrado “en Claustro de los señores Rector y Consiliarios”, en el que “habiendo visto una petición presentada por dicho Señor Rector y Conciliarios, los señores Presidente y Oidores mandaron que la Cátedra de Prima Teología, se diese al P. Maestro Fr. Martín de Perea [...]. Firmado del Doctor Don Francisco Cervantes de Salazar, Rector, y de los Consiliarios. Autorizado de Juan de Vergara, Secretario de la Universidad”. Habían transcurrido quince años desde la primera aparición formal de Cervantes de Salazar, que para 1568 es rector de la prestigiada Universidad.

Se le menciona asimismo, solamente por el primer apellido, el 23 de enero de 1560, en que “tomó posesión de la Cátedra de Propiedad de Decreto el Dr. Don Luis de Anguís [...] de que fueron testigos el licenciado Cervantes [¿de Salazar?] y los bachilleres Ayala y Gonzalo Vázquez [...] que fue en la primera cátedra que se dio por oposición en forma”.⁶

Otra mención data de 1573, “sábado postrero del mes de febrero, en que don Francisco de Cervantes Salazar, Rector, propuso que la junta de este claustro era para vacar la Cátedra de Decreto del bachiller Cristóbal de Badillo, que por ser Catedrático de Decreto de la dicha Universidad [...] estaba obligado a graduarse dentro de seis meses”.⁷

La quinta mención se relaciona con la incorporación a la Facultad de Leyes del ya catedrático Bartolomé de Frías y Albornoz, quien “recibió el grado de doctor en esta Facultad que le concedió el doctor don Alejandro Tremiño [...]. Que le arguyeron el Sr. Rector, el Lic. Téllez y el *Lic. Francisco Cervantes de Salazar*”. Nuestro personaje hace una de las réplicas.⁸

En el *Diálogo primero*, del conjunto de tres que conforman *México 1554*, Cervantes de Salazar explica que los papeles pegados en la puerta de la Universidad eran las tesis de los sustentantes; hojas primorosamente impresas en las que se enlistaban los temas del examen

⁶ *Loc. cit.* Se especifica que ese Luis de Anguís se va a España en la flota que salió el mes de marzo de 1565, sin llevar licencia del señor rector, por lo que dieron vacante dicha Cátedra y “mandaron se pusieran edictos por tiempo de quince días para que en ellos se pudieran oponer conforme a las Constituciones”.

⁷ En este caso, por demás curioso, el aspirante Badillo solicitó licencia para ir al pueblo de Mechoacán a traer “cantidad de pesos que fueren necesarios” para pagar los gastos de la titulación. Y se especifica: “por dicho Sr. Rector le fueron dados cuarenta días para que dentro de ellos se presentase ante el Sr. Cancelario para poder recibir los grados de Licenciado y Doctor”. Queda de manifiesto un cierto grado de tolerancia por parte de la suprema autoridad universitaria, el rector Cervantes de Salazar: *op. cit.*, p. 319.

⁸ Parece haber sido ésta una graduación de postín por el lugar en que se realiza y la calidad de los sinodales, realizada posiblemente en fecha cercana al año 1572, en que gobernaba don Luis de Velasco. Reparemos en la coincidencia de que los padres del escritor Juan Ruiz de Alarcón se casaban en la Catedral el 9 de marzo de 72, teniendo por testigos al hijo y a un hermano del virrey Velasco.

que serían objeto de réplica por parte de los sinodales y el sustentante.⁹

La actuación de Cervantes de Salazar en su papel de funcionario de la recién instalada Universidad abarcó, por lo menos, desde 1553 hasta 1573. Pero además de funcionario universitario, Cervantes de Salazar fue personaje conspicuo en la comunidad española y criolla de estos años.

No es la suya una figura fácil de definir. Intelectual ilustre, ni duda cabe; líder cultural en una sociedad balbuceante; escritor latino y castellano que elogió con una hipérbole magnífica la capital del virreinato, sus alrededores y su universidad; lector que llegó a reunir una biblioteca, o “librería”, respetable; primer cronista de la Ciudad de México; bachiller a su llegada, casi inmediatamente maestro y poco después rector de la Real y Pontificia Universidad. Por otro lado, una personalidad cuestionada por un dignatario eclesiástico, el arzobispo Pedro Moya de Contreras, en informes dirigidos al soberano, Felipe II. Personaje de luz y sombra que pareciera anunciar el claroscuro barroco al tiempo que ejemplifica las contradicciones de la condición humana, agudizadas en la problemática coyuntura del primer siglo de colonización. En un contexto en donde el peninsular luchaba, ante todo, por sobrevivir, y luego, por sobresalir, enriquecerse, destacar.

Examinemos, en primera instancia, el lado luminoso: sus antecedentes europeos, su carrera universitaria, su obra iniciada aun antes de arribar a la Nueva España.

Llegado a Indias como bachiller, obtendrá grados, escalará puestos y luego de formar parte como profesor del claustro académico de la recién fundada Real y Pontificia Universidad, se convertirá en su rector en dos ocasiones: 1557 y 1562. Fungió como primer cronista de la Ciudad de México y escribió tres diálogos latinos que son cimiento de las letras novohispanas.¹⁰

Como buen renacentista, Cervantes escoge el género del diálogo —tan de moda en Italia y España— para descubrir a los ojos sorprendidos de un hipotético fue-reño las características de esta ciudad-capital del Nue-

vo Mundo.¹¹ En el *Diálogo segundo de México 1554*, que describe la ciudad, no hay debate, como sí se da en otros diálogos renacentistas, por ejemplo, el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, de Alfonso de Valdés, entre el soldado y el arcadiano, o el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Existen, sí, en Salazar, la oposición, la contradicción: se declara que la Ciudad de México es perfecta, no existen arrabales; pero luego estos se le atraviesan a la pequeña comitiva formada por Alfaro, Zamora y Zuazo, y no hay más remedio que justificarlos y disimularlos. El humanista, catedrático de la Universidad Real y Pontificia, amigo que fuera de Ambrosio de Morales, continuador de alguna obra de Hernán Pérez de Oliva y traductor de Luis Vives, se verá atrapado en una realidad paradójica, hecha de contrastes, en la que asumirá cabalmente el rol de peninsular adicto al grupo en el poder. A Hernán Cortés, por ejemplo. Nada que ver con el criollismo incipiente que asoma en la conjuración de Martín Cortés narrada por Juan Suárez de Peralta, cuando los criollos de primera generación, resentidos, intentaban “alzarse con la tierra”. Antonio Rubial, entre otros, se ha referido al irreconciliable encono entre las diferentes etnias —mestizos, criollos y españoles—, en su libro *Monjas, cortesanos y plebeyos*.¹² No se percibe en los escritos salazarianos simpatía hacia algunos criollos, como los hermanos Ávila, decapitados en la Plaza Mayor, enterrados extramuros por traición y con su casa demolida. Tampoco hacia el segundo marqués del Valle de Oaxaca, expulsado y despojado de parte de sus vastos territorios. Mucho menos hacia el otro Martín Cortés, el bastardo, hijo de doña Marina, al que ni el hábito de religioso salvó de la tortura en los interrogatorios del proceso. Esto se confirma repasando los *Diálogos*. Pero para cuando ocurrió la conjura, Cervantes de Salazar no era ya el forastero prácticamente autodidacta aunque con unas *Obras* en su haber impresas en 1546, antes de venir a Indias, sino un personaje enseñoreado, con cargos universitarios, dignidades y prebendas.

Vayamos, años atrás, al joven que tuvo por maestro en Toledo a Alejo de Venegas; estudió Cánones en la Universidad de Salamanca, obteniendo sólo el grado de bachiller; viajó a Flandes acompañando a un licencia-

⁹ A ellos alude también De la Plaza y Jaén, *ibidem*, p. 330.

¹⁰ No sabemos que fuera poeta y quizá por eso no figura en el cancionero *Flores de baria poesía*, a pesar de haber coincidido en el tiempo con Gutierre de Cetina, quien entre 1550 y 1554 transitaba entre Veracruz, Puebla y México facturando barras de plata. No los reunió ninguna academia ni tertulia poética, como de seguro debieron de existir. Tampoco se le relaciona con escritores conocidos, como Terrazas (seguramente más joven) y González de Eslava, venido de España a los 24 años de edad, al mediar el siglo. Parece que se hubiera mantenido lejos de quienes escribían libremente, como el propio Eslava, Terrazas y Juan Bautista Corvera. Se sabe que era primo del, por entonces, hombre más rico de México, Alonso de Villaseca, en cuyo hogar vivió al llegar y de quien después se distanciaría por asuntos de dinero. Agustín Millares Carlo documenta esto en alguno de sus ensayos, en donde hace precisamente la relación de los libros que conformaban la “librería” del rector y sacerdote.

¹¹ Señalemos de paso que los *Diálogos* —en alternancia de utopía y contrautopía— develan, por un lado, un ideal urbano hecho de modelos clásicos y arquitectura a la moda; y por otro hacen evidente la negación de los peninsulares respecto a la existencia de un mundo indígena anterior que respondía a un diseño magnífico, y en el cual vinieron a insertarse las mansiones almenadas de los Ávila, los Altamirano, Mendoza, Zúñiga, Estrada, Ávalo, Sosa, Alvarado, Sayavedra, Villafañe, cercadas por los arrabales de los pobladores originales: los indígenas. Escenario de la nueva nobleza peninsular y criolla, viva imagen del señorío y la arrogancia que conferían el poder y los doblones.

¹² Antonio Rubial, *Monjas, cortesanos y plebeyos. La vida cotidiana en la época de sor Juana*, Taurus, México, 2005, pp. 46-50. Cfr. también Francisco Cervantes de Salazar, *México 1554*, traducción de F. García Icazbalceta, prólogo de Margarita Peña, Trillas, México, 1982.

do Girón, conociendo precisamente entonces a “personas eruditas de aquellas tierras”, entre los que sobresalía Juan Luis Vives, al que se refiere en un texto publicado en México, en 1554, en las prensas de Ioanem Paulum Brisensem titulado *Commentaria in Ludovico Vives Exercitationes...*, fol. 4.r,¹³ según afirma el crítico Francisco Calero. Pudo conocer a Hernán Cortés —a quien dedica en un extenso prólogo sus adiciones al *Diálogo de la dignidad del hombre* de Pérez de Oliva—; y quizá, por entonces también, o un poco antes, tradujo un opúsculo del latín escrito por Luis Vives: *Introducción y camino para la sabiduría*. Sin embargo, detengámonos antes en la útil y prolija información biográfica sobre Cervantes de Salazar que proporciona Joaquín García Icazbalceta y redondea el retrato del personaje, de la cual cito algunos extractos. Afirma el erudito: “No hay duda de que nació en Toledo; pero no es posible señalar con certeza la fecha de su nacimiento. Creí, y aun así lo dije que podía adoptarse la de 1521, porque el Maestro [Alejo] Venegas, en el prólogo de las *Obras* de Cervantes, impresas en 1546, dice que ‘siendo de edad de veinticinco años ha tirado la barra sobre más de cuarenta’”. Más adelante, tras un sinnúmero de cálculos afirma Icazbalceta: “Posteriormente he encontrado documentos que obligan a atrasar la fecha del nacimiento de Cervantes. [...]”¹⁴ La fecha de 1513 o 1514 es, pues, la que mejor se ajusta con los datos hallados hasta ahora, y con lo que sabemos de la vida del autor”. Y más adelante continúa el biógrafo:

Discípulo muy querido de Vives fue Cervantes, si hemos de creer a Beristáin [de Sousa]...; [Cervantes de Salazar] respetaba y admiraba a Vives, tradujo su *Introducción y camino para la sabiduría*, comentó y continuó sus *Diálogos*, y ni en la dedicatoria de aquella obra, ni en lugar

¹³ Para esta cita y lo anterior, cfr. Francisco Calero Calero, *Francisco Cervantes de Salazar, autor de la primera biografía de Luis Vives en EPOS. Revista de Filología*, número 12, 1996 (disponible en <http://espacio.uned.es/revistauned/index.php/EPOS/article/view/9954/9495>).

¹⁴ Prosigue Icazbalceta: “En la ‘Descripción del Arzobispado de México’, manuscrito en 1570, se le llama ‘hombre viejo’, calificación que no sería propia si el que era objeto de ella hubiera nacido en 1522, pues sólo tendría cuarenta y ocho años; pero si había nacido en 1514, ya era otra cosa, porque contaba cincuenta y seis. El señor Arzobispo Moya de Contreras decía después, en 1575, que nuestro Cervantes tenía ‘más de sesenta años’, lo cual [...] nos conduce también a fijar su nacimiento antes del año de 1515”. Afirma: “Declarando en una información que hizo el señor Arzobispo Montúfar contra el deán D. Alonso Chico de Molina, dijo que era [Cervantes] de edad ‘de más de cuarenta años’ [...]. Y deduce: ‘No parece probable que a los veinticinco años tuviera ya hechos sus estudios de humanidades, y, además de haber viajado fuera de su país, hubiera escrito y publicado el volumen de sus obras, en que algunas circunstancias revelan que el autor había alcanzado ya cierta posición social, y en cuyo prólogo consta que tenía concluidos otros trabajos de mayor importancia. Todo esto es más creíble tratándose de un hombre de treinta y dos a treinta y tres años’. Vid. Joaquín García Icazbalceta, *Obras, tomo IV, Biografías II*, (disponible en http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080028207_T4/1080028207_MA.PDF).

alguno de ésta, ni en ningún otro escrito suyo que conozcamos se vanagloria de haber sido discípulo del sabio valenciano: cosa que a haber sido cierta, no habría dejado de publicar para honra propia.¹⁵

Esta conclusión de Beristáin, poco favorable al escritor, atrae la atención sobre los rasgos de carácter de Cervantes que, en un informe a Felipe II, recalca el arzobispo Moya de Contreras. Decía del personaje: “Es amigo de que le oigan y alaben, y agrádale la lisonja: es liviano y mudable, y no está bien acreditado de honesto y casto, y es ambicioso de honra, y persuádese a que a de ser obispo [...] A doze años que es canónigo; no es nada eclesiástico, ni hombre para encomendarle negocios”.¹⁶ Suponemos que tales juicios lapidarios habrán disuadido a las autoridades peninsulares de concederle el arzobispado a nuestro Cervantes, quien de obtenerlo habría sucedido en el cargo a su encarnizado enemigo Moya de Contreras, que también había escrito sobre Cervantes con notorio veneno: “el qual vino lego, en opinión de gran latino, aunque con la hedad ha perdido algo de esto”.¹⁷ Para explicarse la vertiginosa carrera universitaria de Cervantes de Salazar en Nueva España, resulta de suma utilidad este informe de Moya de Contreras retomado por Icazbalceta, en el que se lee entre líneas lo que realmente pudo suceder: Cervantes conseguiría los grados “por remisión de cursos” (el de bachiller en Cánones) y “por suficiencia” los de Artes. Es decir, sin estudios de por medio.

En cuanto a su opuesto, Luis Vives, de naturaleza y destino muy diferentes, cuya vida se entrecruzó por un momento con la de Cervantes de Salazar, había nacido en 1492, casi 22 años antes que éste, y murió en Brujas, Flandes, en 1540. Como es sabido, perteneció a una familia de judíos conversos, estudió en las universidades de Valencia y París. Se estableció en Flandes, fue profesor de la Universidad de Lovaina y entabló una estrecha relación con Erasmo de Rotterdam, quien, se ha insinuado, recelaba de la gran capacidad intelectual del valenciano. Asimismo, mantuvo amistad con el humanista inglés Tomás Moro, que lo introdujo en la Universidad de Oxford hacia 1523. Al igual que Moro, se opuso al divorcio de Enrique VIII, motivo por el que fue arrestado y hubo de dejar Inglaterra y regresar a Flandes en 1528. Su influencia intelectual sobre la Europa del Renacimiento fue grande, pues no sólo acudían a consultarle los artífices de la Reforma protestante y de la Contrarreforma católica, sino que se desempeñó como tutor y educador de muchos nobles que ocuparon puestos de responsabilidad en la corte de Carlos V.

¹⁵ *Loc. cit.*

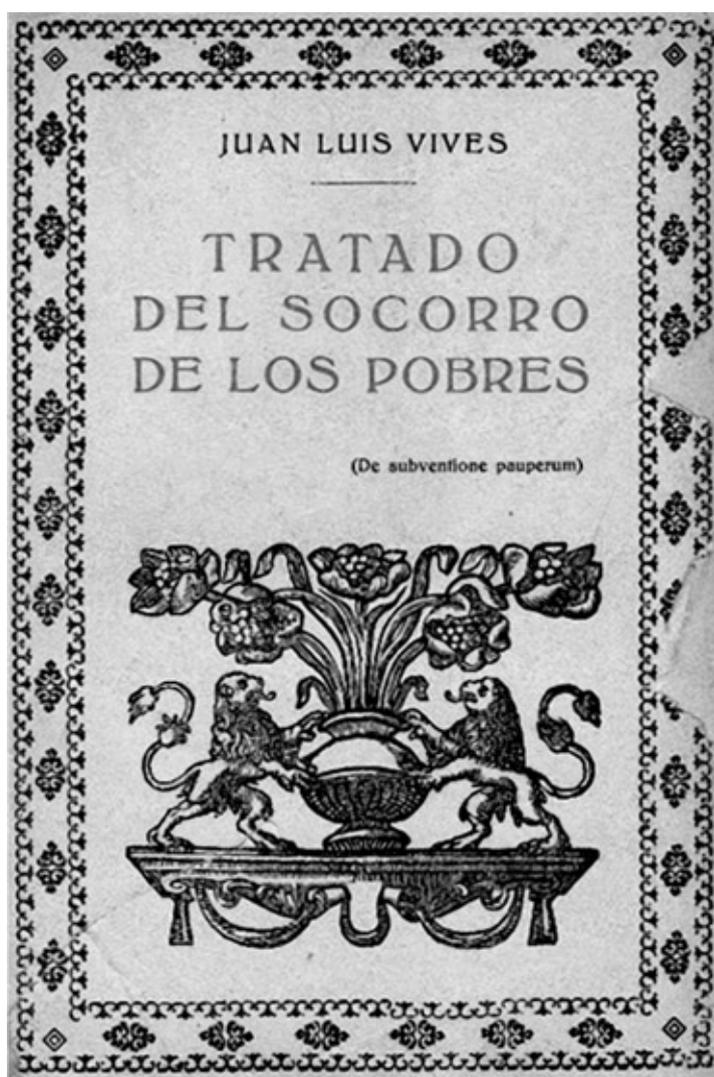
¹⁶ Francisco Calero, *op. cit.*, p. 55.

¹⁷ *Loc. cit.*

Sin detenernos en demasía en su pensamiento, hay que decir que se le reconoce como uno de los máximos exponentes del humanismo renacentista: trató de rescatar el pensamiento de Aristóteles, descargándolo de las interpretaciones escolásticas medievales. Pero, más que nada, Vives fue un hombre ecléctico y universalista, que desarrolló ideas innovadoras en materias filosóficas, teológicas, pedagógicas y propuso acciones en favor de la paz, la unidad de los europeos y la atención a los desvalidos. En este renglón no deja de recordar a otro personaje español del siglo XVI: san Juan de Dios, aquel vendedor ambulante de libros que en las calles de Granada recogía a los enfermos, los pobres, los soldados inválidos procedentes, como él, de campañas diversas, y los dejaba en los quicios de los ricos, hasta que un poderoso descendiente de musulmanes le entregó parte de su casa para albergarlos. Considerado demente, san Juan padeció internamiento en el Hospital Real de Granada (ahora una magnífica biblioteca) y murió a consecuencia de las quemaduras sufridas cuando, al incendiarse el hospital, se empeñó en rescatar a los internos. Es suya la frase famosa, que repetía constantemente: “Obrad bien, que Dios es Dios”. Fundador, involuntario qui-

zá, de la orden de los Hermanos Juaninos, se inscribe en la categoría de hombres como Vives, profundamente preocupados por el prójimo y su destino en una época de guerras —las campañas de Carlos V en Italia, Alemania, el Franco Condado; luchas con Francisco I, el Saco de Roma—, males y miseria. Aunque Vives se pronunció en contra, básicamente a través de la pluma, las lecciones, el intelecto, no de la acción. A veces, en el seno de una corte protectora, como fue para él la de Inglaterra mientras duró el matrimonio de la española Catalina de Aragón con Enrique VIII; a veces en aulas universitarias como París y Oxford, o en el locutorio privado de protectores, tal Guillermo de Croy. Siempre con el trágico pasado familiar a cuestas: su padre, comerciante en paños, quemado en la hoguera acusado de ser criptojudío, la familia diezmada. Lógicamente, Vives rechazó el regreso a España aun en momentos críticos: cuando debió abandonar el refugio de Inglaterra (en donde fungía como preceptor de la pequeña María Tudor) a raíz del repudio de la reina Catalina, tía del emperador Carlos V, por Enrique VIII. Para colmo, por entonces, Vives escribió no sólo la *Introducción y camino para la sabiduría*, sino *De officio mariti* —sobre el comporta-





miento de un buen marido—, que debió de haber levantado ámpula en el rey, hombre de múltiples devaneos, atrapado en ese momento por Ana Bolena. Es libro complementario del *De institutione feminae christianae*, relativo a la educación de la mujer y su papel en la sociedad, el que, imaginamos, pudo haber descrito las virtudes de la reina Catalina, la protectora de Vives. Vives se había casado poco antes del cisma anglicano de Inglaterra (en la ciudad de Brujas, 1521), con una antigua alumna, Margarita Valldaura. El encuentro Vives-Cervantes puede ubicarse hacia el año de 1528, en que el sabio se exilia justamente en Flandes y Cervantes de Salazar pasa por esta provincia perteneciente a España con el licenciado Girón.

Entre las obras del valenciano se mencionan los tratados *Sobre el alma y la vida* (1538) y *Sobre la verdadera fe cristiana* (1543). La variedad de sus escritos y el valor de innovación se suman a la aguda visión de Vives, que insiste en problemas de método, por lo que ante todo es un pedagogo. Defensor de la inmortalidad del alma, estudia la teoría de los afectos y de la memoria, por lo que se le ha considerado precursor de la antropología y de la psicología. Vives propone una renovación de la enseñanza frente a la artificiosidad y vacuidad escolástica

y retórica de su tiempo (esta última se prolongaría en México hasta entrado el siglo XVIII, en un barroco tardío); la enseñanza habrá de realizarse además de acuerdo con la naturaleza del alumno; en este sentido dirigió desde Lovaina (1519) contra los escolásticos de La Sorbona su texto *In pseudo dialecticos*.

En otro grupo de obras que pudiéramos llamar de carácter social, encontramos tratados como el mencionado *Socorro de los pobres* (1526). Preocupado en general por los problemas de su tiempo, escribe Vives una serie de obras con temas y propuestas concretos, como *De conditione vitae christianorum sub Turca* (1526) o *Disidiis Europae et bello Turcico* (1526), sobre los problemas del cristianismo en relación con los turcos y la Reforma protestante. Los turcos, o “el turco” como se les llamaba genéricamente, azotaban las costas de Europa y amenazaban parte de Europa central desde tiempo atrás. La campaña de Túnez emprendida por Carlos V y en la que se dice lo acompañó Hernán Cortés culminó en el posterior triunfo de la batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571), del cual fue héroe don Juan de Austria, medio hermano de Felipe II, que comandó las fuerzas navales de los Estados Pontificios, España y la república de Venecia en la llamada Santa Liga, y dio, de pasada, al mundo un prodigioso narrador, Miguel de Cervantes Saavedra, que no nació con el *Quijote*, sino justamente en Lepanto, evento que se convierte en un tópico dentro de su literatura.

Ad sapientiam introductio (“Introducción a la sabiduría”) es una colección de sentencias morales dedicadas a la princesa María Tudor. Son muestra de la relativa tranquilidad de que gozó Vives en la corte de Inglaterra. Una edición de sus obras se imprimió en Basilea en 1555; la más completa fue publicada en Valencia por Mayans (1782-1790, en ocho volúmenes). Se tradujeron al español y al francés. Vives pudo intuir la decadencia de su época, al tiempo que su concepción prudente de la vida le impulsaba a renovar esta realidad. Católico, comprensivo y tolerante, va aplicando estos rasgos de su personalidad a los problemas que estudia. Su vida y su obra muestran el más decantado humanismo, forjado en una profunda soledad y traumas familiares. La existencia de Vives estuvo marcada por la errancia a la que lo llevó, en parte, su condición de judío converso; en parte, las veleidades de sus protectores (Enrique VIII), o la muerte de éstos (el obispo Guillaume de Croy). Enrique González¹⁸ ha reparado en que Vives no era bien aceptado en los países católicos ya que se le relacionaba con Erasmo de Rotterdam y por ende, suponemos, con

¹⁸ Alicia Mayer, sobre Enrique González y González, *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives*, UNAM, México, 2007 en *Estudios de historia novohispana*, 38, enero-junio 2008, pp. 211-216.

las premisas ideológicas erasmistas. Por otro lado, los antecedentes de su familia criptojudía debieron de sumarse a ese rechazo, paliado por eventuales invitaciones, a lo largo de su existencia errante, para regresar a España.

Al esbozar la trayectoria de dos personalidades tan diferentes —si no es que opuestas— como Luis Vives y Cervantes de Salazar, damos sin embargo con el punto en que se unen y el lazo que circunstancialmente las ata: el momento del encuentro en Flandes en 1528, en donde el joven toledano aspira por vez primera los aires del cosmopolitismo y el maduro valenciano recupera una libertad salpicada de privaciones tras el protocolo de la corte de Inglaterra. Vives trae en las manos su última obra. Un opúsculo sobre la sabiduría; el lazo que los une es el amor al conocimiento. El joven Cervantes de Salazar (entonces con catorce años de edad, o quizás un poco mayor) la leerá, traducirá posteriormente, escribirá una dedicatoria a la reina María de Hungría, hermana del emperador. Se dirige en la dedicatoria a doña María, infanta de Castilla —una de las varias infantas españolas con este nombre— a quien desea salud y eterna felicidad. María de Austria, o María de Habsburgo de Hungría (nacida en Bruselas en 1505 y fallecida en las cercanías de Valladolid en 1558) fue la tercera hija de Felipe El Hermoso, archiduque de Austria y duque de Borgoña, y de Juana de Castilla, conocida como Juana La Loca. Es decir, María era hermana de Carlos V. Asimismo, reina consorte de Hungría (1521-1526), por su matrimonio con Luis II de Hungría. Se dice que fue una mujer de una notable habilidad política, ampliamente reconocida entre los Habsburgo como la de mayor inteligencia en la familia. Gracias a ella, mediadora entre sus hermanos Carlos V y Fernando, se evitó la ruina de la dinastía al mantener vivo el vínculo entre ambos. Era, por tanto, una mujer poderosa. No es de extrañar que Cervantes de Salazar le dedique el opúsculo de Vives traducido al castellano (entre 1528 y 1546), cuando buscaba una posición en Europa, antes de convertirse en secretario del Cardenal Loaysa, y finalmente emigrar a Indias. En la dedicatoria alude al “afamado y docto español Luis Vives”, mencionando que éste fue preceptor de la “serenísima señora doña María [Tudor]... hija del Rey de Inglaterra”.¹⁹ Puntualiza Cervantes que ha hecho más una “paráfrasi” que una traducción, así como “muchas adiciones que hacer al propósito, y declaran mucho de lo que el autor en pocas palabras quiso sentir”.²⁰ En una parte afirma:

¹⁹ Como se sabe, fanática del catolicismo, que puso una pica en la Inglaterra anglicana al intentar, durante su reinado, restaurar la fe católica mediante el espionaje, la delación y la actividad inquisitorial.

²⁰ Francisco Cervantes de Salazar (traductor), “Prólogo” en Luis Vives, *Introducción y camino para la sabiduría*, Joachin de Ibarra, Madrid, 1780, pp. A3, A4.

haré algun provecho á los que carecen de latin, dandoles en su lengua una cosa tan excelente, como es la INTRODUCCION PARA LA SABIDURIA, la qual está tan llena de doctrina, que merece bien tan buen título, donde en poco volumen claramente da a entender qué cosa es verdadera sabiduría y como instituiremos nuestra vida, para que sabiamente vivamos, dando grandes avisos de los grandes errores en que caen los mas de los hombres.

Concluye: “Admita pues, V. A., en nombre de los que la han menester esta obra. Y si considerare la voluntad con que sirvo, tendrá por grande el servicio, etc., etc.”. Cierran el prólogo o dedicatoria, los buenos deseos de felicidad y la alusión al “esclarecido linage” de la destinataria.²¹

No sabemos qué tanto la infanta doña María de Austria haya apreciado el gran servicio que le ofrecía el docto bachiller español. El caso es que cinco años más tarde éste se hallaba en la Nueva España “pretendiendo” un puesto en la naciente Universidad.

En el renglón de las pretensiones, hay que reparar en que las adiciones que el bachiller hiciera al texto de otro humanista connotado, al *Diálogo de la dignidad del hombre*, de Hernán Pérez de Oliva, van también anteceditas por una amplia dedicatoria, en este caso al conquistador Hernán Cortés. Y parece que a Cervantes de Salazar la suerte (o Cortés) le sonrió más bien en este lado del gran imperio hispánico, en donde no se ponía el sol.

La inclinación a la pedagogía se advierte desde las primeras cuestiones de la *Introducción y camino para la sabiduría*, de Vives-Cervantes de Salazar. En clara referencia a la educación, la Cuestión 7 dice: “Y con esto acostúmbrese desde niño cada uno a entender los verdaderos precios de las cosas, y en lo que cada una se ha de tener, porque creciendo, la conozca siempre mejor”. Es decir, hay que concientizarse desde niño del valor de cada cosa. La tónica es la medida. La Cuestión 10 continúa: “Porque cierto todo lo demás de la vida pende de cómo nos criamos y enseñamos en la niñez, la qual es el fundamento malo, ó bueno de todo lo que después se hace”. En palabras de Freud, cuatro siglos después, “infancia es destino”. En términos de conseja popular drástica: “Árbol que crece torcido, jamás su tronco endereza”. Y remata en la Cuestión 12: “El que, pues, quisiere verdaderamente ser sabio, suba por aquel primer escalón para la sabiduría, que fue tan celebrado de los antiguos: *Conocerse cada uno a sí mismo*”. Esta máxima clásica viene a matizar y reforzar las consideraciones anteriores resumidas en una especie de “philosophia vulgar” que toca al orden individual.

Vives, obviamente no sólo se preocupó por aspectos prácticos de la vida diaria, sino por lo trascenden-

²¹ *Op. cit.*, pp. A4 y ss.

tal: la conjunción cuerpo/alma. Dice en la Cuestión 34 del apartado *La naturaleza y precio de las cosas*: “El cuerpo no es otra cosa, sino una cobertura, debaxo de la qual está el ánima ó más verdaderamente es un esclavo suyo, sujeto a ella, para hacer lo que mandare, como el bruto al que siente, el mortal al inmortal, el terreno al divino, y esto conforme a toda razón”. Leemos aquí las anticipaciones, en el siglo XVI, de un dramaturgo como Calderón de la Barca, que en el XVII refina conceptos teológicos que andaban dispersos en el teatro religioso y escribe, entre muchos otros autos, un auto sacramental, *El pleito matrimonial del Cuerpo y el Alma*, que escenifica conceptos vertidos por los Padres de la Iglesia, recogidos por Vives, y Calderón los convierte en personajes alegóricos. El tema del cuerpo y el alma, la dualidad de la naturaleza humana, era un tema caro a los autores del Renacimiento, y en especial, del Barroco. El pragmatismo un tanto desolado de Vives tiene algo de Séneca cuando en la Cuestión 12 afirma: “Primeramente el hombre está compuesto de cuerpo y ánima: *el cuerpo, porque no le regalemos, ni tengamos en algo, tenemos de tierra*, y de estos elementos que vemos y tocamos, semejantes a los cuerpos de las bestias” (p. 4). Hay en él un estoicismo —que también albergarán posteriormente Calderón de la Barca y el pintor Valdés Leal—; una degradación del cuerpo que viene de muy atrás, de Tertuliano, y que va a llegar desde España hasta sus dominios, hasta el recinto de los conventos novohispanos, poblados de monjas que siguiendo a Tertuliano —y sin saberlo, a Vives, que no figuraba en la bibliografía permitida— veían sus cuerpos como un verdadero “saco de inmundicias”. Se habla asimismo de cierto optimismo en Vives, quien trata de poner las cosas en su lugar cuando en otra parte afirma: “en el cuerpo (porque sepamos los bienes y males que tiene) hay hermosura, sanidad, fuerza, ligereza, y que puede recibir deleyte: y así por el contrario tiene males contrarios a estos bienes, como son contra la hermosura fealdad, contra la sanidad enfermedad, y contra la ligereza no poder menearse, y contra el deleyte pesar, con otros daños y provechos semejantes” (pp. 4-5). Vives no es un cristiano dogmático, un teólogo como Santa Teresa o San Agustín. Fue por eso, quizá, por una suerte de laicismo filosófico, que sus obras morales no solían formar parte del acervo de los conventos. Muy propio este matiz de laicismo de los judíos conversos, o de descendientes de conversos como Ruiz de Alarcón, quien siendo católico escribe sin embargo un teatro básicamente laico, carente de los alardes teologales calderonianos, proclamados también por autores como José Valdivielso y Mira de Amescua. Por otra parte, la melancolía que Roger Bartra adjudica a los descendientes de judíos perseguidos; el escepticismo rayano en el pesimismo puede percibirse en fragmentos del texto de Vives, cuando se pregunta en la Cues-

ción 36: “Qué otra cosa es la vida, sino un viage, o peregrinación cercada de todas partes de desastres, a la qual a cada hora está aparejado el fin, y este suele venir por muy livianas causas?”. Y en otra parte, la Cuestión 67 afirma: “No es otra cosa el cuerpo muy lindo, sino un muladar cubierto con lienzo blanco y colorado” (pp. 18-19). Lo que pudiera parecer contradicción en el pensador no es tal, sino dos vertientes que se conjugan: lucidez de origen estoico que conduce al pesimismo, y optimismo que se cifra en la educación y renovación del hombre a través del conocimiento, la razón y la pedagogía como instrumento (explicada en tratados tales como *Pedagogía pueril y Escolta del alma*, dedicados a la princesa-niña María Tudor) y la caridad como virtud en *Socorro de los pobres*. Vives es un hombre de fe, básicamente, la que lo resarce del abatimiento; un ecléctico con conciencia social. En sus obras religiosas, que suman alrededor de diez, se entrecruzan las *Excitaciones del alma hacia Dios* (1535) y *De la verdad de la fe cristiana* (1543) con *Del tiempo en que nació Cristo* (1518) y *Horóscopo de Jesucristo*,²² del mismo año. Esta última trae a cuento la proclividad de los conversos a la adivinación y la cábala, y nos recuerda que en la corte de Carlos V se admitió aun la quiromancia en la persona y obra de Ioannes Taisnier, preceptor de los pajes del emperador y autor del tratado de fisonomía y quiromancia titulado *Opus Magnum*, conocido en la Nueva España del XVI como *Taisnerio* y objeto del proceso inquisitorial al sevillano Pedro Suárez de Mayorga. Luis Vives se movía, pues, en el eclecticismo por demás riesgoso, de la época.

Es evidente que la traducción de Cervantes de Salazar del opúsculo sobre la sabiduría de Vives fue una obra de juventud y, junto con la dedicatoria a María de Austria, en cierto modo un obra de circunstancias tendiente a atraer la atención de la soberana en provecho propio. Por lo demás, todos o casi todos los escritores de la época utilizaban recursos semejantes. Lo importante para nosotros es la existencia de esta versión temprana en castellano hecha por un peninsular, personaje prominente en la Nueva España, que él trajera en su bagaje al viajar en 1551, así como su conocimiento y rescate a través de la edición encontrada de Ybarra, de 1780, ya mencionada. Sería una forma de resarcir a Juan Luis Vives de lo que algunos estudiosos han venido considerando un olvido injustificado.²³ **U**

²² Juan Luis Vives, *Tratado de la enseñanza, Introducción a la sabiduría, Escolta del alma, Diálogos, Pedagogía pueril*, estudio preliminar y prólogo de José Manuel Villalpando, Porrúa, México, 2004, “Sepan Cuántos...”, 447, p. XXVIII. No se proporciona en el prólogo el nombre del traductor de *la Introducción a la sabiduría*, tomada de una edición de Editorial Tor, Buenos Aires, 1930. Tampoco se menciona la traducción de Cervantes de Salazar que nos ocupa. Y extrañamente no se alude a los antecedentes judaicos, o criptojudáicos, de Juan Luis Vives.

²³ Mayer, *op. cit.*, p. 213.